

COLECCIÓN ANTROPOLOGÍA

**LOS NÓMADES MARINOS DE PUNTA BAJA
SENO OTWAY - PATAGONIA AUSTRAL**

LOS NÓMADES MARINOS
DE PUNTA BAJA
SENO OTWAY - PATAGONIA AUSTRAL

DOMINIQUE LEGOUPIL
Editora

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

LOS NÓMADES MARINOS DE PUNTA BAJA
Seno Otway-Patagonia Austral
Dominique Legoupil, editora
Con J. C. Bourhis, M. Christensen, C. Lefèvre, N. Pigeot,
M. Pacquet, M. E. Solari, S. Thiébault, P. Uribe, J. Wattez
Traducción: Gabriela Bravo

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 – Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl – 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición septiembre 2022

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

ISBN libro impreso: 978-956-357-386-2
ISBN libro digital: 978-956-357-390-9

Coordinador colección Antropología
Felipe Armstrong

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior
Gloria Barrios

Diseño de portada
Francisca Toral

Imagen de portada: Foto de autor desconocido, archivo Empeaire.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Agradecimientos	9
Prólogo	11
Prólogo nueva edición	15
Introducción (ed. 1989)	17

PRIMERA PARTE

EL SENO OTWAY

Capítulo I: El medio natural	27
Capítulo II: El medioambiente humano	41

SEGUNDA PARTE

LA PENÍNSULA DE PUNTA BAJA

Capítulo I: Elementos de geología	63
Capítulo II: Los sitios arqueológicos de la península de Punta Baja	68
Capítulo III: El sitio de Punta Baja 1: ubicación y excavaciones	71

TERCERA PARTE

LOS RESTOS ALIMENTICIOS

Introducción	79
Capítulo I: Los mamíferos marinos	82
Capítulo II: Los mamíferos terrestres	124
Capítulo III: Los moluscos	141
Capítulo IV: Los equinodermos	146
Capítulo V: Las aves	147
Capítulo VI: Los peces	171

CUARTA PARTE
LA INDUSTRIA

Capítulo I: La industria lítica	187
Capítulo II: La industria ósea	225
Capítulo III: Restos metálicos	257

QUINTA PARTE
LA ORGANIZACIÓN ESPACIO-TEMPORAL DEL CAMPAMENTO

Capítulo I: Datos etnohistóricos	265
Capítulo II: Los datos arqueológicos de Punta Baja	277
Capítulo III: Las habitaciones. Características y sucesión	301
Conclusión	331
Anexos	339
Bibliografía	357
Lista de figuras, planos, tablas y fotos	371
Autoras y autores	379

Agradecimientos

El interés suscitado por los indígenas de la Patagonia procede de un viejo mito muy arraigado en la cultura europea desde hace varios siglos: el del salvaje, bueno o malo, pero siempre considerado como primitivo e ilustrativo de nuestros antepasados más lejanos.

Queremos agradecer a las personas e instituciones que, con su apoyo, nos han ayudado a corregir esta imagen simplista y caricaturesca:

En primer lugar, a A. Laming-Empeaire, quien fue, por muy poco tiempo, nuestra profesora y guio nuestros primeros pasos en la arqueología sudamericana.

Al Servicio Cultural del Ministerio de Asuntos Exteriores (Francia) y a la Fundación Fyssen, que han financiado esta investigación.

A los excavadores que durante tres años participaron de manera voluntaria en el trabajo en terreno y cuyo entusiasmo resistió precarias condiciones materiales: Jacques Bertucchi, Anne Fétizon, Fabrice Jarossay, Christine Lefèvre, Pierre Masson, Nicole Pigeot, Monique Olive, Pascal Sellier y Maria-Eugenia Solari.

A José Grimaldi, que nos hizo conocer la famosa hospitalidad de los pioneros colonizadores de la Patagonia en la estancia de Río Caleta, y a J. González, su sucesor.

A los ovejeros J. Mansilla y J. Pacheco, que nos acogieron en su rancho y con quienes compartimos durante varios meses aprendiendo los rudimentos de la vida de campo en la Patagonia.

A Mateo Martinic Beros, director del Instituto de la Patagonia, que nos patrocinó en Chile¹ y corrigió el segundo capítulo de la primera parte, así como a los investigadores de esta institución por su acogida y apoyo constante.

¹ El apoyo del Instituto de la Patagonia, al que agradecemos aquí, ha permitido a la misión arqueológica francesa realizar una treintena de misiones de investigación en la región durante los últimos 40 años. Nota de la nueva ed.

A François Poplin (Maître de conférence, Museo Nacional de Historia Natural, París), quien ha tenido la amabilidad de revisar el capítulo sobre la fauna, y a Christian de Muizon (investigador CNRS) por los consejos que nos dio para el estudio de los restos de otáridos.

A Martin Sheldrick, responsable de la sección de mamíferos marinos del Museo de Historia Natural del British Museum, quien nos permitió acceder a sus colecciones.

A Anaick Samzun por las traducciones de los textos alemanes de M.Gusinde.

Por último, a Air France, por las facilidades que nos concedió en varias ocasiones.

PRÓLOGO

Consuelo Huidobro Marín* y Jimena Torres Elgueta**

Este libro es el comienzo del largo camino que ha recorrido y sigue recorriendo Dominique Legoupil, desde hace más de 40 años.

La arqueología de los canales patagónicos, desde principios del siglo XX, se desarrolló de manera intermitente y con dificultades materiales, pero con el entusiasmo que significaba el desafío de navegar, descubrir y entender el modo de vida de las sociedades cazadoras recolectoras marinas que habitaban el archipiélago; lo que muchas veces, hizo obviar el viento, la lluvia y el frío que en algunos momentos pudo ser desmotivante, e incluso pudo hasta poner en riesgo las expediciones.

Así podemos ver los viajes de navegación y exploración arqueológica de Junius y Peggy Bird, quienes navegaron desde Puerto Montt a Punta Arenas en 1934 en un *cuter* fabricado en Puerto Montt, al que pusieron motor, registrando y excavando varios conchales. Destacable es también la labor de Joseph Emperaire y Anette Laming, así como posteriormente, el trabajo de Omar Ortiz Troncoso, quienes descubrieron primeros asentamientos de la posteriormente denominada “cultura Englefield”.

Luego, a principios de 1980, llega a tierras patagónicas la francesa Dominique Legoupil, cargada de sueños y de bolsas con forma de arpón, ya que pensaba que lloverían los arpones de caza de ballena. Importante es su presencia y rol en la escena de la investigación ya que sería, después de Annette Laming, la segunda mujer en dirigir una misión científica en el área. Es importante tomar en cuenta además, que, en el contexto de los años de la década de 1980, los recursos eran muy deficientes, la accesibilidad era altamente compleja y, en general, los equipos de terreno no eran como los que se utilizan hoy en día; pese a todo esto Dominique Legoupil fue decidida: sacó su *zodiac* comprado de segunda mano a los bomberos de

* Universidad Alberto Hurtado, departamento de Antropología.

** Universidad de Magallanes, Instituto de la Patagonia.

París y aplicó todos sus conocimientos de navegación aprendidos desde la adolescencia en Francia, pero ahora en los antojadizos mares australes.

Dominique llegó a Magallanes luego de realizar una tesis doctoral en etnología, sobre la caza del cachalote en las islas Azores. Quería continuar trabajando el tema de caza de mamíferos marinos, y estudiar la arqueología de poblaciones marítimas, y Annette Laming le había sugerido hacer una tesis de Estado sobre tecnología ósea en las costas de Sudamérica. Con este fin, realizó su primer viaje a Sudamérica, en 1977, apoyada por Annette; excavó en Uruguay y visitó museos en Santiago, Valparaíso, Concepción, Temuco y Punta Arenas, pero la muerte de su mentora ese mismo año la hizo encontrarse un poco a la deriva. No quería trabajar en Brasil como en algún momento sugirió Annette, ni en Tahití donde la había mandado su nuevo director José Garanger y seguía con la idea de buscar cazadores de ballenas en el sur.

Sin haber ingresado aún al CNRS, en 1980 obtuvo un pequeño fondo de la fundación Fyssen, con la idea de financiar una prospección y excavación en Patagonia. Esta primera campaña tuvo mucho de autogestión, y fue posible sobre todo porque sus amigos y colegas, entre los que se encontraban Pascal Sellier, Nicole Pigeot y Monique Olive, accedieron a pagarse ellos mismos el pasaje desde Francia. Muy pronto, obtuvo también financiamiento del ministerio de Relaciones Exteriores francés, quienes, al parecer, se mostraron sorprendidos de los resultados obtenidos por Dominique con el apretado presupuesto de la beca Fyssen. Ingresó el mismo año al CNRS y fue el comienzo de las misiones arqueológicas francesas en la Patagonia. Dominique recorrió hasta Cabo de Hornos en *zodiac*, destacando arduas prospecciones en seno Skyring, Otway, estrecho de Magallanes, golfo Almirante Montt y golfo de Penas.

Punta Baja fue descubierto en el año 1980 y excavado extensivamente entre 1980 y 1983, con el interés de comprender mejor la vida de las sociedades canoeras en los espacios habitacionales, cómo vivían, qué fabricaban y de qué se alimentaban, en una visión del “hecho social total”, tal como concebido por Marcel Mauss. La prolijidad de su excavación, registro y levantamiento de información tanto arqueológica como ambiental, ha permitido hasta el día de hoy que muchos de los estudios especializados, como el zooarqueológico de aves y mamíferos, el estudio tecnológico en hueso y en lítico y el análisis de metales, entre otros) se encuentren entre los pioneros dentro de la región y aún vigentes en técnicas de análisis y,

aún más importante, en la interpretación de los resultados. Si bien no es un sitio excepcional, lo que más se destaca de este pequeño yacimiento es como está trabajado y la calidad de la información que se obtuvo. Esto es algo característico de los trabajos de Dominique, y una de las razones por las que pensamos que la publicación de este trabajo en español es fundamental. Todos los materiales recuperados son estudiados detalladamente y son objeto de un capítulo en la monografía del sitio, y esto con el objetivo tanto de integrar todas las líneas de evidencia en la interpretación, como de transparentar y publicar la información y que esta esté disponible y pueda servir a nuevas interpretaciones a futuro.

En el desarrollo de estos primeros años de trabajo en Patagonia, sus colaboraciones con investigadores locales fueron aumentando lentamente; aunque se podría decir que en esta etapa inicial sus colaboradores eran más bien sus colegas franceses. Durante los años de la década de 1990 y a inicios de los años 2000 fue articulando colaboración con investigadores y estudiantes chilenos, lo que a su vez generó fuertes y duraderos lazos de amistad. Es en este contexto surge su rol como formadora, muchos y muchas estudiantes fueron a realizar el máster 2 y doctorado a Francia.

Luego en este recorrido de 40 años, que incluye múltiples problemáticas y cubre toda la cronología de la ocupación humana en los canales e islas de Patagonia meridional, destacamos las excavaciones en sitios clave para el conocimiento del poblamiento de los canales e islas de Patagonia meridional, como Bahía Colorada, en seno Otway y Ponsomby, en canal Fitz Roy; además de las prospecciones en seno Skyring que generaron el primer modelo de ocupación de esta zona. También destaca la excavación en el sitio Offing, de 3.500 años, es un conchal de importante espesor y de alta densidad de restos de aves y peces; y el sitio Batchelor, con ocupaciones canoeras de contacto histórico; entre otras. Los trabajos en este último sitio, encabezados ahora por Marianne Christensen, nueva directora de la misión francesa en Patagonia, generaron gran motivación para retomar el interés en Punta Baja ya que, los dos sitios son, como dice Dominique, “como dos gotas de agua” y constituyen sitios absolutamente contemporáneos.

En este sentido, el estudio acucioso de Punta Baja permite que, como señalamos antes, 40 años después los datos sean explotables (esto no siempre pasa con los datos generados en las primeras excavaciones arqueológicas realizadas durante el siglo XX), ya que con el avance de la investigación en la zona, muchos de los datos generados en Punta Baja

han servido para complementar el conocimiento y, a la inversa, muchos de los nuevos datos como es el caso de los estudios en Batchelor han permitido entender mejor las ocupaciones de Punta Baja. Por ejemplo, y adelantando investigaciones de la misión francesa que continúa muy activa de la mano de Marianne Christensen, análisis en curso de las evidencias de metales encontradas en ambos campamentos, permitirían vincularlos con eventos históricos específicos.

En una conversación con Dominique, ella nos expresó:

Estoy bastante orgullosa de haber excavado relativamente pocos yacimientos, y de preferencia los pequeños. No me gustan los yacimientos grandes, ya que al ser de pequeñas dimensiones podemos permitirnos obtener una interpretación global de la totalidad del campamento, esto es lo que nos enseñó Leroi-Gourhan, y es un poco la particularidad de la escuela francesa. La ventaja es que se destruye poco mientras se explota al máximo. Por supuesto podríamos hacerlo mejor.

Nosotras pensamos que su mezcla entre intuición, motivación y rigor metodológico ha producido un trabajo fundamental e inspirador y este libro es un excelente ejemplo de ello.



Dominique Legoupil en su velero "el Caleuche" junto a su sobrina. Isla Oleron, Francia.

El sitio Punta Baja fue excavado entre 1980 y 1983. La monografía, escrita en 1984-85, se publicó en francés en 1989. Desde entonces, la investigación arqueológica en Fuego-Patagonia avanzó de forma espectacular, incluso en lo que respecta al período de contacto. Sin embargo, hasta donde sabemos, Punta Baja sigue siendo el único sitio arqueológico de este período que ha sido objeto de una excavación integral y de una publicación monográfica. Por eso, a pesar de todas las carencias de un trabajo ya antiguo, estimamos que sería útil para la comunidad científica hacer una publicación en español acerca de este pequeño sitio representativo de los efímeros asentamientos canoeros de la región de los mares interiores y los archipiélagos de la Patagonia.

Decidimos hacerlo tal y como fue concebido en su momento, a modo de testimonio de la escuela francesa de arqueología, muy influenciada por el método inductivo, basado en los hechos, con el fin de reconstruir de la forma más objetiva posible los estilos de vida y de pensamiento de las poblaciones. Este trabajo de juventud, quizás, también refleja en cierta medida el romanticismo del “buen salvaje” desarrollado por una corriente filosófica encabezada por J. J. Rousseau y continuada por L. A. de Bougainville, J. Verne y muchos otros. Este mito, a veces inconsciente, pero siempre vivo, explica tal vez en parte el atractivo en Francia de las palabras “Patagonia”, “Tierra del Fuego” y “Cabo de Hornos”.

No obstante, debido a la evolución de nuestros conocimientos, consideramos útil introducir algunas modificaciones al texto inicial. De esta manera, se añadieron numerosos comentarios en forma de notas, así como algunas nuevas referencias bibliográficas que se agregaron después de la redacción del texto, pero que se creyeron indispensables. Para las citas, privilegiamos las referencias en español, salvo en el caso de M. Gusinde, cuyas únicas ediciones disponibles en el momento de la redacción de

Punta Baja eran en alemán para los alacalufes (T. 3) y en alemán e inglés para los yámanas (T. 2).

Cabe señalar que algunos títulos se simplificaron para hacerlos más claros en español y que ciertas partes se revisaron para integrar nuevas informaciones o definiciones que se estimaron imprescindibles. Este fue el caso, en particular, de las dataciones, que se vieron muy enriquecidas o precisadas en varios sitios; de la industria ósea, cuya propia visión tipológica se amplió con datos tecnológicos (y un nuevo vocabulario) gracias a la contribución de M. Christensen, y de la conclusión, que se modificó en función de los nuevos conocimientos disponibles.

En definitiva, debimos tener en cuenta la evolución de los nombres de los grupos étnicos en las últimas décadas. Cuando se trataba de los datos etnohistóricos, optamos por mantener la terminología tradicional (alacalufe, yámana y selk'nam) utilizada por los etnólogos de los siglos XIX-XX. Por el contrario, para referirnos a las comunidades actuales, empleamos las nuevas denominaciones, en particular kawésqar (para alacalufe), término con el que se reconocen los últimos descendientes de este grupo en Puerto Edén (Emperaire, 1963) y que ha sido aceptado por la Conadi. Por la misma razón, usamos el término yámana para las citas originales etnohistóricas y yagán para la pequeña comunidad actual de este grupo concentrada en Puerto Williams. Por último, preferimos ocupar el vocablo canoeros, que ya es muy común, y evitar la expresión "indios", que tiene un significado peyorativo en América Latina que no posee en Francia.

Las figuras y los mapas, elaborados con programas informáticos innovadores en su momento, pero ya obsoletos, son ahora inservibles. Por ello, se reprodujeron tal cual o se volvieron a dibujar según los originales y se modificaron los textos para la traducción. Debido a la reducción del tamaño de la edición en castellano, algunos planos se rehicieron para que tuvieran una mejor visibilidad.

Introducción (ed. 1989)

Dominique Legoupil

Los cazadores-recolectores de la Patagonia forman parte, al igual que los tasmanos, los bosquimanos o los inuits, del fondo mitológico de la etnología. Tanto los cazadores de las pampas orientales (en particular los selk'nam de Tierra del Fuego), a menudo considerados un modelo de cazadores terrestres, como los grupos marítimos de la costa del Pacífico (chonos, alacalufes y yámanas), inspiraron en los europeos sentimientos complejos que mezclaban la admiración por su resistencia e ingenio, la compasión por su miseria en un duro clima y el desprecio por su “primitivismo”. Es sin duda este último el que ha prevalecido para los evolucionistas clásicos, quienes los consideraban representantes de los estadios más bajos de la humanidad.

El poder de este mito descansa en gran medida en la autoridad de Darwin, quien, basándose en breves encuentros e información indirecta, instaló la imagen de indígenas “desnudos, apenas protegidos del viento y la lluvia de este terrible país, que yacen en el suelo húmedo, acurrucados unos contra otros y replegados sobre sí mismos como animales” y de los que “apenas podemos creer que sean criaturas humanas”¹. Aquejados por el hambre, podrían haber matado a sus madres o a sus hijos, y su fama de antropofagia era tan exitosa que el solitario navegante Jean Vigo meditaba, aún a mediados del siglo XX, sobre los medios de defensa necesarios para atravesar los archipiélagos. Tal descripción, escrita a mediados del siglo XIX por un científico de renombre, resolvió de golpe la vieja discusión del siglo XVIII sobre el “buen salvaje”, aunque Darwin se retractara más tarde de la severidad de su juicio.

En realidad, sabemos muy poco sobre los grupos marítimos que frecuentaron los archipiélagos de la Patagonia durante más de seis milenios.

¹ “Nus, à peine protégés contre le vent et la pluie de ce terrible pays, qui couchent sur le sol humide, serrés les uns contre les autres et repliés sur eux-mêmes comme des animaux” et dont “c’est à peine si l’on peut croire que ce soient des créatures humaines” (Darwin, 1985, p. 233).

La información sobre el período tardío representado en Punta Baja proviene de tres fuentes diferentes: en los siglos XVI al XVIII, de los diarios de los navegantes que en ocasiones se encontraban con los indígenas durante sus escalas de reabastecimiento de agua y madera, sobre todo en el estrecho de Magallanes; en el siglo XIX, de los escritos de viajeros científicos como Fitz-Roy, que recorrió los archipiélagos antes de llevar a Darwin a bordo, o el doctor Hyades de la Expedición Científica Francesa al Cabo de Hornos, y por último, en el siglo XX, de los estudios etnográficos, por ej. de M. Gusinde y J. Emperaire, quienes residieron con los sobrevivientes de estos grupos, ya muy aculturados (en los años 20 para el primero, y en 1946-47 para el segundo).

En cuanto al período temprano, lo conocemos gracias a media docena de sitios arqueológicos, situados en su mayoría en dos zonas: por un lado, en el mar de Otway y la parte central del estrecho de Magallanes, y, por otro, en la parte central del canal Beagle². Estos sitios, datados en su mayoría en los años 5 mil o 6 mil, revelan un asombroso parentesco económico y técnico con la cultura de los canoeros posmagallánicos: eran cazadores de otáridos y aves, recolectores de moluscos, que utilizaban equipamientos bastante similares.

A menudo se ha discutido el origen de estas poblaciones marítimas. Existen dos teorías principales: en la primera, en general la más aceptada, se dice que los canoeros serían descendientes de los primitivos cazadores terrestres del extremo sur del continente sudamericano, representados por los sitios tempranos de la pampa vecina, y que habrían sido desplazados hacia las zonas marginales de los archipiélagos por la llegada de nuevas oleadas de cazadores mejor armados; en la segunda, se señala que corresponderían a grupos marítimos que se trasladaron de manera progresiva hacia el sur, a lo largo de la costa del Pacífico. En realidad, las numerosas discusiones sobre este tema son solo especulativas, y el éxito de la primera hipótesis se basa más en la ausencia de descubrimientos (e investigaciones) arqueológicos en las zonas septentrional y central de los archipiélagos que en un verdadero argumento arqueológico³.

² Desde entonces han aparecido otros cientos de sitios, con distintas fechas, sobre todo en el canal Beagle. Nota de la nueva ed.

³ Varios arqueólogos han emprendido en las últimas décadas la exploración de la vertiente pacífica de la Patagonia, en especial del archipiélago de los chonos (véase San Román y Sierpe, 2016; Reyes, 2021), sin que haya aparecido el eslabón perdido fechado en los años 6 mil y 7 mil entre el sur de Chile (Puerto Montt, Chiloé) y la Patagonia austral, quizás por la excepcional

Sea cual sea su origen, la perennidad del modelo tecnoeconómico desarrollado por los canoeros a lo largo de los milenios evidencia el notable equilibrio de su adaptación. El propio Darwin reconoció que “la naturaleza... ha adaptado al fueguino⁴ al clima y a las producciones de su miserable país⁵”. En la misma perspectiva, autores recientes han subrayado el rol de este medio tan restrictivo en el desarrollo cultural de sus habitantes. Así, Mac Cartney (1973) justifica el relativo paralelismo cultural existente entre los indígenas de las islas Aleutianas, las Kuriles y los archipiélagos de la Patagonia por la similitud de sus condiciones naturales. Sería tentador explicar la permanencia del modelo tecnoeconómico desarrollado en esta última región a lo largo de más de seis milenios por el determinismo ecológico, ya que los recursos naturales parecen haber variado bastante poco; en particular, allí se encuentra la misma fauna, en términos generales⁶.

De esta manera, las poblaciones de los archipiélagos de la Patagonia están en el centro de la mayoría de los debates fundamentales de la antropología. Sin embargo, en realidad, a pesar de los esfuerzos de algunos etnólogos y arqueólogos (M. Gusinde, J. Bird, J. Emperaire, A. Laming-Emperaire, O. Ortiz, L. Orquera), muchos aspectos de su modo de vida aún se nos escapan y escasas veces un pueblo tan poco conocido ha dado lugar a tantas especulaciones.

¿Quiénes eran?, ¿cazadores terrestres rechazados de la pampa?, ¿pescadores adaptados a un nuevo entorno? Será necesario realizar investigaciones arqueológicas en los archipiélagos occidentales y septentrionales para resolver este problema.

¿Cómo vivían? Más allá de los lugares comunes que trazan los principales aspectos de su adaptación marítima, todavía ignoramos muchos detalles importantes, como sus ciclos estacionales detallados y la extensión de sus territorios nómadas.

dificultad de prospección en esta región. El sitio más antiguo descubierto en la parte central de los archipiélagos está fechado solo en 4520 ± 60 BP (Legoupil 2004). Nota de la nueva ed.

⁴ El término “fueguino” se refiere aquí, como a menudo en los escritos de los navegantes, a los grupos marítimos de los archipiélagos de Tierra del Fuego y no a los cazadores terrestres de la gran isla.

⁵ “*la nature... a approprié le Fuégien au climat et aux productions de son misérable pays*” (Darwin, 1985, p. 237).

⁶ Nuevos estudios han revelado ahora ligeras variaciones climáticas durante este período que han provocado cambios en particular en la salinidad y en la productividad del agua (Araceña *et al.*, 2015). Sin embargo, la representación de las especies de aves o mamíferos no parece haberse modificado de manera significativa. Nota de la nueva ed.

Para intentar descubrir algunos nuevos elementos objetivos sobre las técnicas, la economía y la organización social de estos canoeros, y para perfilar el modelo sociocultural de este grupo en un lugar y un tiempo determinados, emprendimos una investigación en la Patagonia, aconsejados por A. Laming-Empeaire.

La excavación y el estudio del sitio Punta Baja se realizaron, pues, con un objetivo triple:

1. Elaborar un inventario, fechado y localizado geográficamente, del equipamiento de un grupo de canoeros tardíos. De hecho, muchos museos de todo el mundo poseen objetos recogidos en la Patagonia por los viajeros de siglos pasados, en particular, las puntas de armas de caza. Citemos, como ejemplo, algunos museos franceses situados en ciudades tan diversas como París, Saint-Germain-en-Laye, La Rochelle, Saint-Servan⁷, etc. Pero rara vez se indica el origen exacto de estas colecciones y la datación que debe atribuírseles: ¿arpones intercambiados durante las escalas?, ¿recuperados de las playas de sitios erosionados?, ¿fabricados para los navegantes?... El panorama tipológico obtenido es muy heterogéneo y se basa esencialmente en las colecciones de finales del siglo XIX, en particular de los yámanas, pero ofrece pocos puntos de referencia sólidos en los que basar los estudios tipológicos comparativos entre los diferentes grupos y períodos.
2. Buscar datos precisos, cifrados, sobre la dieta alimenticia de un grupo y obtener así un modelo de referencia comparable con los propuestos para otras partes de los archipiélagos o distintas épocas del año (modelos que quedan por descubrir). Esta parece ser la única forma de demostrar la existencia de campamentos especializados y ciclos estacionales, a menudo ignorados por los navegantes, pero sugeridos por la lógica y por algunos datos etnográficos, sobre todo del siglo XX. Así, por ejemplo, M. Gusinde y J. Empeaire citan, aunque sin dar muchos detalles, las expediciones para recolectar huevos en las islas remotas, para cazar otáridos jóvenes en los roqueríos, o para recoger setas y bayas. Una de las preguntas fundamentales que plantea este régimen alimenticio consiste en

⁷ Museo del Hombre en París; Museo Nacional de Prehistoria de Saint-Germain-en-Laye; Museo de Historia Natural de La Rochelle; Museo de los Cap-Horniers en Saint-Servan... (los objetos del Museo del Hombre están ahora depositados en el Museo del Quai Branly). Nota de la nueva ed.

estimar la importancia relativa del consumo de mariscos y de mamíferos marinos en las distintas épocas del año y los posibles movimientos estacionales implicados en su depredación. En efecto, los canoeros parecen haber sido considerados a veces sobre todo como recolectores de mejillones (su “pan de cada día” en muchos escritos de navegantes franceses), tal vez por la importancia volumétrica que representan los desechos de conchas; sin embargo, los estudios cuantitativos, teniendo en cuenta el valor calórico de los alimentos, como se hizo para el sitio Lancha Packewaia en el canal Beagle (*cf.* Orquera, 1977), evidencian el rol crucial de la carne y de la grasa de los otáridos en esta dieta. La visión tradicional de pescadores/recolectores, entonces, podría invertirse en favor de una imagen de cazadores de mamíferos marinos, parientes culturales cercanos de los inuit⁸.

3. Por último, a partir del análisis espacial de los restos, intentamos reconstruir la estructura del campamento y los retazos de organización social que podría reflejar⁹.

La presentación monográfica del sitio ha permitido, sin dejar de buscar ante todo las reglas técnicas, económicas y sociales de sus ocupantes, presentar el conjunto de los documentos observados, algunos de los cuales, cuya interpretación podemos haber pasado por alto, pueden reflejar un particularismo cultural.

La elección de un sitio posmagallánico situado en una terraza marina baja (en relación con las variaciones del nivel del mar) permitió utilizar métodos de interpretación etnoarqueológica.

En efecto, Punta Baja, un campamento datado en 280 ± 70 años (datación ¹⁴C realizada en el laboratorio de radiactividad de Gif/Yvette - Francia), se encuentra en el mar de Otway, que fue descubierto de manera oficial en algunas islas del seno Skyring o del archipiélago de Cabo de Hornos (*cf.* Legoupil 1994-95 y 2000). Nota de la nueva ed.

⁸ Las investigaciones de las últimas décadas han puesto de manifiesto algunas de estas variaciones en el tiempo y el espacio. Por ejemplo, la importancia de la pesca en el estrecho de Magallanes o en el canal Beagle (Torres *et al.*, 2016 y en prensa; Zangrando, 2009) o de la caza de aves en algunas islas del seno Skyring o del archipiélago de Cabo de Hornos (*cf.* Legoupil 1994-95 y 2000). Nota de la nueva ed.

⁹ Según los preceptos desarrollados por A. Leroi-Gourhan para los sitios prehistóricos. Nota de la nueva ed.

¹⁰ Sin embargo, un navegante francés, La Guilbaudière, ya había penetrado en el mar de Otway a finales del siglo XVII (Legoupil *et al.*, 2021). Nota de la nueva ed.

desde el punto de vista espacial y cronológico. Sus ocupantes, aunque llevaban su vida tradicional al abrigo de los europeos que navegaban por el vecino estrecho de Magallanes, conocían sin embargo su existencia, como demuestra el descubrimiento de varios restos de origen europeo en el campamento¹¹. Además, la gran movilidad de los canoeros de la región y la corta distancia que separa Punta Baja del estrecho (menos de 50 km en línea recta) permiten aprovechar los documentos etnohistóricos recolectados por los navegantes durante sus escalas en algunas de las bahías de esta clásica ruta de navegación. También hemos utilizado, pero con más circunspección y en especial para las hipótesis sobre el uso de herramientas y armas, los documentos recogidos más tardíamente por los etnólogos sobre los yámanas. En efecto, los documentos etnográficos y arqueológicos muestran la gran similitud de la cultura técnica entre los dos grupos de canoeros: alacalufes y yámanas.

La confrontación de los datos arqueológicos y etnográficos ha permitido plantear algunas hipótesis funcionales sobre el uso de las herramientas y las armas, pero también enriquecer una visión etnográfica a menudo pobre, debido a la brevedad de los contactos entre navegantes y canoeros (casi siempre son los mismos detalles los que llamaron la atención de los europeos a lo largo de los siglos), y plantear algunos problemas nuevos derivados de las contradicciones entre los dos tipos de documentos.

Por último, desde el punto de vista metodológico, Punta Baja parece ser un modelo interesante para la interpretación de los sitios tempranos. En efecto, como ya hemos señalado, existe un estrecho parentesco entre la cultura de los últimos canoeros y la de los hombres que vivieron allí unos milenios antes, en particular en la isla Englefield, a unas quince millas de Punta Baja. Estas similitudes culturales (*cf.* Parte I, Cap. 2) favorecen las comparaciones y la proyección de las interpretaciones. ¿Cómo no caer en la tentación de comparar los fogones de Punta Baja de tres siglos de antigüedad con los de Bahía Colorada, de 5 500 años cuando los encontramos tan parecidos: un simple lente de tierra quemada de color beige rosáceo, estéril, en medio de una capa arqueológica rica en vestigios? ¿Y cómo olvidar en ambos casos que J. Emperaire había constatado entre los kawésqar que estaba prohibido introducir piedras al establecer los fogones?

¹¹ Estos restos parecen muy relacionados con otros descubiertos de forma reciente en el sitio Batchelor excavado en el estrecho de Magallanes por la misión arqueológica francesa dirigida por M. Christensen. Se están realizando análisis físicos y químicos comparativos de estos restos. Nota de la nueva ed.

Punta Baja 1, un campamento de época tardía excavado según las técnicas arqueológicas desarrolladas por A. Leroi-Gourhan¹² e interpretado con la ayuda de documentos etnohistóricos, nos parece representar un vínculo significativo entre los últimos descendientes de los canoeros y los primeros ocupantes de la región.

¹²La autora, en esa época, era miembro del equipo de Etnología Prehistórica (URA 275 - CNRS), dirigido por A. Leroi-Gourhan. Este equipo está fusionado con la UMR 7055 (CNRS), fundada por J. Tixier, para conformar una nueva UMR *TEMPS* (8068 - CNRS) en 2022. Nota de la nueva ed.